

GASTÓN PORTAL

CYRANA



Novela  Planeta

GASTÓN PORTAL

CYRANA

 Planeta

EMILIA

Me aguanto.

Emilia está triste y tiene ganas de llorar.

Me aguanto.

Emilia no se aguanta. No quiere aguantar más.

Sopla con la boca cerrada, sus cachetes se inflan para ayudar a las lágrimas a abandonar sus ojos.

Emilia siente que dos lágrimas están a punto de salir.

Salen.

Emilia se mira al espejo y se sorprende al ver dos puntitos rojos apareciendo por sus lagrimales.

Abre la boca para liberar el aire contenido. Los puntitos rojos crecen en volumen.

Y se sueltan.

Dos gotas rojas se deslizan por los costados de la nariz. Emilia ya no está triste, está asombrada.

Soy Emilia y estoy llorando sangre.

Me llamo Cristina. Cris. Soy la mamá de Emilia.

Desde que me separé de mi marido, desde que me dejó, me pregunto si en Emilia cambió algo. Algo seguro que sí porque lo único realmente difícil en la vida es lograr que algo no cambie; por lo menos no mucho; por lo menos por un tiempo. Emilia tenía 5 cuando su papá se fue. Ahora tiene 15. Son diez años, u once, si hacés la cuenta de otra manera, pero válida también; nunca entendí bien el razonamiento ese pero sé que funciona.

Una vez, de chiquita, Emi me preguntó por qué ella era *tan sola*. Le expliqué una teoría que hasta ese momento yo misma desconocía; solo abrí la boca y las palabras empezaron a brotar hasta crear algo de sentido. Las madres solemos jugar con ese vértigo de la improvisación disfrazada. La titulé *La teoría de las burbujas*. La idea es simple: todos vivimos dentro de una burbuja propia. A veces dos burbujas se unen al chocar y parecen transformarse en una misma; pero solo lo parecen, porque irremediabilmente tarde o temprano vuelven a separarse y uno se queda con la única pared redondeada y traslúcida de su propia burbuja. O sea: estamos encerrados en una burbuja hasta que finalmente se pincha y a eso lo llaman muerte. Por lo tanto es sabio aceptarlo y cuidar la burbuja lo más posible. Y lo más importante: jamás sentirse sola dentro de ella. No sé si tan ingeniosa teoría ayudó a Emilia. Viéndolo en perspectiva creo que no demasiado. Siento como que Emilia alimentó por demás la pared de su burbuja y hoy es demasiado gruesa para ser penetrada.

EMILIA

Me llamo Emilia. Emilia soy yo.

Emilia recorre los pasillos del colegio con la cabeza gacha, mira de reojo hacia los costados; tiene miedo de ser abordada por algún compañero o compañera; tiene miedo de que le hablen, de que le pidan que hable, que interactúe de algún modo con ellos.

Pero son miedos infundados, porque Emilia es invisible.

Pese a que tiene un cuerpo, que sus ojos son verdes, su cabello rojizo y su piel se llena de ronchas moradas cada vez que se pone nerviosa, nadie en el colegio parece notar su presencia. Emilia siente alivio más que dolor.

Emilia llega a su clase y se sienta en su pupitre, junto a una pared. El asiento de al lado permanece vacío desde que comenzó el año, nadie se sentó ahí; nunca. Emilia sigue con atención la clase de historia de la cultura que dicta el profesor Fuentes, pero él tampoco la mira, ni siquiera cuando parece ser la única atenta a lo que intenta enseñar. A veces fantasea con que realmente es invisible, una suerte de fantasma que deambula por el colegio, pero sin haber muerto, claro. Y cada vez que empieza a creérselo, a jugar con la idea, un alumno le dice «¿sabés que los colorados traen mala suerte?» y se ríe convulsivamente, y ella vuelve en sí y recuerda que es pelirroja, no demasiado pero lo es, y sin responder sonríe tímidamente, como si se tratara de un cumplido y con su mano intenta esconder las manchas que indefectiblemente aparecerán en su cuello.

4

CRIS

A esta altura yo ya creo que realmente me llamo Cris y que los que me llaman Cristina lo hacen solo para joderme.

Recuerdo como si fuera hoy cuando Emilia venía a mi cama en medio de la noche y solo se dormía cuando mantenía, durante un rato, tres puntos de contacto con mi cuerpo. Casi siempre eran pie con pie, mano con mi panza y frente con mi oreja. Era el único contacto que me permitía porque cuando intentaba acariciarla me decía «no me toques, mamá», y yo sacaba la mano y presionaba un poco más su cuerpo con mi pie, panza y oreja. Era mi forma de abrazarla. De contenerla. Y un poco, de contenerme a mí misma.

EMILIA

Y cuando termina el colegio vuelvo a casa.

Emilia vuelve a su casa casi siempre caminando porque no se anima a enfrentar el micro repleto de alumnos excitados por el final del día escolar. Camina más de veinte minutos, hasta cansarse; tiene estudiado el comportamiento de su cuerpo frente al trayecto: sabe que cuando empieza a cansarse, faltan menos de 300 metros para llegar a casa. Podría recorrerlo con los ojos cerrados y acertar su llegada, si no hubiera tantas calles que cruzar y autos que esquivar. A veces juega a caminar a ciegas; se anima a hacerlo por 20 metros, o 30, no más.

Emilia entra a su casa y grita «mamá». La madre no responde hasta que Emilia llega a su lado. «¿Para qué gritás si sabés que no te voy a responder a los gritos?». Emilia le sonrío. «¿Cómo te fue en el colegio?». «Bien». Y el colegio y la invisibilidad de Emilia y su desazón por los compañeros chistosos dejan de existir hasta el día siguiente; o hasta que Emilia los recuerde mientras intenta desatar el nudo de su pecho.